

¡Buenos días! ¿Qué tal estás? o quizá sean tardes. No importa qué hora sea, si has comido o no, o si es después del desayuno o de la merienda. En los hospitales el tiempo se trastoca, y ya no funciona el ritmo biológico igual. Toca adaptarse.

Te escribo porque sé que no estás en tu mejor momento y para mí tampoco lo es. Vivimos tiempos desconocidos que nos abruman, desconciertan y nos acobardan un poco. Es muy tarde, son casi las tres de la madrugada. No creas que no me he acostado, que lo hice a la hora habitual, sobre las 12 de la noche, pero me he despertado tan fresca y despejada, que pensando que serían las seis y media me levante, vestí y cuando mire el reloj en la cocina, vi lo pronto que era aún. Pero ya de estar levantada y con energía pues pensé, voy a escribir una carta a una persona que no conozco aún, y desconozco si a ti te ocurre, pero si tengo algo pendiente que hacer, siempre me está rondando hasta que hago.

Llevamos más de 30 días en estado de alarma y en confinamiento en casa y el diablo pasa la factura y te desvelas sin saber por qué, o sabiéndolo. Pero aquí estoy intentando contarte algo interesante para entretener tu tiempo de aislamiento que no de soledad, porque como ves podemos estar conectados con el mundo exterior. No te estás perdiendo nada, no te preocupes. Han mandado parar el mundo, y toda su gente está en casa, excepto los que no pueden salir un rato al trabajo o a comprar en el supermercado o la tienda de barrio, que a mí me gusta más y es donde yo compro preferentemente. Hay que apoyar lo local.

No sé quién eres, pero no me importa. Me da igual que seas un hombre o una mujer. Para mí eres una persona y es suficiente. No me importa tu color de piel, ni tu color político, no me importa que pintes canas o que lleves rastas cortas o largas. Te escribo, porque si yo estuviera en tu lugar, me encantaría recibir cartas que me contasen historias que me hiciesen volar y viajar a otros lugares y olvidarme por unos minutos de mi propia realidad.

He tenido que enfrentarme como tú ahora a una enfermedad seria, y también a circunstancias difíciles a lo largo de mis 55 años de vida y si te sirve de algo te puedo decir que he resistido y por ahora voy venciendo al infortunio y ello me da fuerza y vitalidad. ¿Cómo lo he hecho? Pues no lo sé, porque no me siento especialmente valiente, ni con capacidades extraordinarias para hacer frente a situaciones adversas. Solo sé como dice Mafalda que no me gusta perder, ni aunque sean kilos de más, dice ella. Yo me cuido. Pienso que tengo mucho que hacer aún, todavía no se pintar como Klimt, me esfuerzo en escribir cada día y superarme, quiero seguir viajando y conociendo otras tierras, otras gentes, otras culturas... soy una apasionada de las flores, de la buena gente, me gusta leer y sobre todo me gusta aprender. Además conozco el mundo de las abejas, y ahí sí, la comunidad es la esencia de la colmena. ¿Cuánto tenemos que aprender de estos pequeños animales esenciales para

la vida? No por su rica miel, sino por la polinización.

Si volviese a nacer me gustaría conocer a fondo el funcionamiento del cerebro, desde todas las miradas posibles, me apasiona y sigue siendo un gran desconocido, como el virus que nos ha venido a visitar, que nos trae por la calle de la amargura. Pero al igual que el cerebro, será cuestión de tiempo el conocerlo a fondo.

Me llamo Ana Isabel Esteban, aunque la gente que me ha visto crecer me llama Ana. Nací un 25 de abril en un pueblo pequeño de la provincia de Zamora, diez años antes de la revolución de los claveles de Portugal. Por aquella época en España, se nacía en casa. Me puso el nombre mi madrina Carmina, para llamarme Anabel, pero no lo logro. Cuando tenía venti-pocos años, hice mi primer viaje de turismo a Marruecos. Me sorprendió su cultura y también su pobreza. Fuimos al Sur a ver el desierto y llegamos a la frontera con Argelia a un pueblo que se instala para ser el primer frente. Era la hora de ir al colegio, íbamos cuatro en un coche pequeño, y como una bandada de pájaros los niños y niñas nos rodearon y chillaban y reían y nos tocaban, y nos pedían un dirham mademoiselle, un dirham mademoiselle. Les dimos golosinas que llevamos de España y lápices de colores y gomas de borrar. Aquel día di las gracias a la vida por haber nacido en Colinas de Trasmonte, ser hija de campesinos humildes y formar parte de una extensa y gran familia. De no tener que ser pueblo frontera entre la arena y el cielo, de haberme podido estudiar gracias a las becas del Ministerio de Educación en los años 80. Desde entonces sigo pensando que tener suerte en la vida es importante, a veces es solo azar. Nacer en lugar u otro determina en buena parte nuestro futuro. Pero tener buena suerte con frecuencia, no es solo azar, depende del esfuerzo y la exigencia para con uno mismo.

Si eliges lo que piensas, estás decidiendo que sientes y que te emociona y ello te hará reaccionar y actuar. Piensa en positivo, tu eres tu mejor amigo/a. Quiérete y finge que todo está bien y que todo irá bien. Respira poco a poco, envíate mensajes de calma y de fuerza porque ahí y fuera de ahí, hay gente que te quiere y te va a ayudar en lo que necesites. Y cuando salgas del hospital y te hayas recuperado veras la frondosa primavera que te va a recibir con los brazos abiertos, llena de mares verdes de cereal, de amarillo intenso de la colza, el olor a tierra mojada porque este abril es lluvioso y por la noche veras las estrellas en un cielo limpio y soñarás con sueños que harás realidad.

Cuando salgas avísame y dime que lo conseguiste. Yo estaré esperando. Correo: nubeanai@gmail.-com

Un abrazo enorme para ti

Ana I. Esteban

